

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

16. LA SUPLICA DE UN DESESPERADO



FRENTE a las cámaras de TV, rodeado de filamentos eléctricos, entre la manigua de cables y en medio del zumbido apenas perceptible del equipo sonoro, el castillo de Czetjey, el barón Bathory y aquel inframundo del que apenas he escapado, parecen sustraerse al foco de lo real, para adquirir caracteres meramente pesadillescos.

No obstante, yo sé bien que todo es verdadero: todo el horror, y asimismo toda la amenaza. Y alguien más lo sabe. Alguien a quien he arrancado de aquel Báratro con una finalidad específica.

Somos dos, y el mundo —o su cordura, al menos— depende de que nuestro mensaje ejerza la tracción suficiente como para arrastrar a las mentes de quienes nos ven y nos oyen

por insólitos, horrendos carriles.

De la convicción que logremos instalar en nuestras palabras depende todo, me repito.
Y, por sobre todas las cosas, *de que mi propio plan funcione*.

.....

M I RAZÓN, impotente para asimilar aquel súbito cataclismo de la realidad, se acogió a un momentáneo parpadeo de la conciencia.

Al recobrar las facultades, me hallé reclinado en la poltrona del barón y sentí la presión de sus dedos aferrándome por los hombros.

—¿Se encuentra bien?

Tenía la boca totalmente seca. No logré hablar.

—Perdóneme —rogó el barón—. Yo soy responsable de lo que pasó.

—No... le entiendo —conseguí articular al fin—. ¿Qué...?

—¡Perdóneme! Tuve que hacerlo. Debía averiguar...

Mi mano se crispó sobre su solapa.

—¡Usted me *drogó!* —exclamé.

—No —él sacudió la cabeza—. No fue eso exactamente.

Me levanté, apartándolo con brusquedad.

—¡No me interesan sus explicaciones! —la voz me temblaba, aún bajo los efectos de la conmoción—. Usted se... aprovechó de mí, barón. ¡Jamás pensé que podría pasarme una cosa igual! ¡Se atrevió a usarme como conejillo de Indias!... ¡Casi no lo puedo creer!

—Escuche, amigo mío... —supliqué; pero no lo atendí.

—Me voy de aquí, barón. Devuélvame mis cosas, y ordénele a su criado — torcí la boca — o lo que sea, que me lleve inmediatamente a la posada... ¡No! Cuanto menos hablemos, mejor será. Es preferible que las cosas queden como están... No quiero saber nada más.

Y me dirigí a la puerta, pálido de rabia... Entonces, él se arrojó sobre mí. Sus manos se prendieron como garras de las mangas de mi traje; y le noté lágrimas en los ojos.

—¡No! —profirió—. ¡Por lo que más quiera! ¡Permítame explicarme! ¡No me condene sin oírme primero!

S U DESESPERACIÓN era probablemente sincera. En un hombre que se había mostrado tan dueño de sí hasta aquel momento, no dejó de conmoverme.

—Está bien... Hable. ¡Pero conste que no me comprometo a nada!

Asintió, respirando agitado.

—Como usted diga. ¡Escuche, señor Poletti! Tiene pleno derecho a insultarme. Es bien cierto que me arrogué una incalificable libertad al exponerlo a una experiencia tan perturbadora... ¡Pero, compréndame! Tenía que hacerlo. ¡Tenía que averiguar si soy un loco!

—¿Qué dice?...

—Era la única forma... Por eso me alegré tanto de su llegada. Yo había comprobado ciertos efectos... anormales que me producía ese tablero. Lo mismo el beber el licor que le hice probar... Pero ¡fíjese, por favor! Sólo *a mí* me provocaban tales trastornos. A ningún otro de los que viven aquí les afectaron. ¿Entiende mi situación? ¿Me halla menos culpable ahora? ¿Puede concederme un mínimo de justificación?

N O CONTESTÉ enseguida. Me senté y me pasé la mano por la cara. Era demasiado complicado como para captarlo de primera intención.

—Soy un hombre maldito, señor Poletti —murmuró el barón, y su fina mano se apoyó por un momento sobre mi brazo—. Mi única esperanza era la de haberme vuelto loco.

Parpadeé.

—¿Cómo? ¿Dijo: “haberme vuelto loco”? ¿Su única... esperanza?

—Es mucho más complejo de lo que parece..., y más maligno. Si me atreviera a explicarle... Soy un hombre... *prisionero*.

—No sé qué decir. Tendría que pensar...

—¿Qué es lo que “tendría que pensar”...?

Me volví. Aquella voz baja y rezumante de sugerencias, era inconfundible. Sentí que el rubor me empurpura las mejillas y las orejas.

Verna Nadasdy estaba allí..., y no podía saber cuánto había oído o presenciado ella de nuestra discusión...

(Continúa)

¿ESTÁ VERNA ESPIANDO A POLETTI? ¿UTILIZA SUS ENCANTOS PARA DOMINAR LA VOLUNTAD DEL ESCRITOR? ¡MUCHAS ACTITUDES NO SON LO QUE PARECEN, EN ESTA GENTE EXTRAÑA ENTRE LAS CUALES HA VENIDO A DAR NUESTRO PROTAGONISTA! ¡POLETTI TENDRÁ QUE AGUZAR AL MÁXIMO SUS SENTIDOS Y ESTAR PERMANENTEMENTE ALERTA..., PUES NO PUEDE ESTAR SEGURO DE CUÁLES SON LAS INTENCIONES DE NINGUNO DE ELLOS! ¿AMIGOS O ENEMIGOS? ¿AMISTOSOS O PELIGROSOS? ¡TODO SE REVELARÁ... A SU DEBIDO TIEMPO!

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com